

Cuesta de Moyano

Las casetas recostadas contra los muretes zagueros del Botánico, a la sombra de los regoldos y de los magnolios, y los impresionantes frisos de mayólica del antiguo Ministerio de Fomento, hoy Agricultura, con los espontones de la verja alzados como lanzas del saber, la Cuesta de Moyano o barga de los Libreros es uno de los lugares más entrañables de Madrid. Verdadero *locus amoenus*, quizás, para cuantos amamos la lectura, antesala del cielo. Yo no me imagino el Paraíso sin libros y sobre todo sin libros viejos. Un libro y un amigo quiero yo en mis lares. *Et in Arcadia ego*.

Dicen que la van a reconvertir. Reciclar es un verbo que hoy se estila mucho. Debajo van a construir no sé qué y hay un ruido infernal. Han talado sus acacias seculares y han puesto mamparas de uraltia que esconden la tremenda herida de un socavón. Los sufridos profesionales del honorable gremio de libreros andan con la mosca en la oreja, pues cuando se habla de reconvertir, reajustar, poner al día y proceder al *aggiornamento* de algo o de alguien, es que nos quieren poner en la cola del paro. Para Moyano estas obras infernales pueden ser el finiquito. Han matado la calle. Ya no hay compraventa pues los vendedores no pueden acceder al lugar con sus camionetas a surtir los estantes.

Los profesionales no se fían de este alcalde Gallardón, que no se parece al de Aguigoriaga, pues ni sabe tocar la chistu, ni tampoco el acordeón. Por eso todo el mundo le llaman Gallardón por ser vos quien sois, hijo del meritorio de Serrano Suñer, joven delfín, compañero de cuadra de *doña Espe* que hoy también manda mucho, con poca ilustración también y demasiado modelito. Cada día uno nuevo. Recuerda a aquellos recortables que sacaba mi hermana Pili de la revista *Telva* para ponerse guapa y desfilarse por la catasta.

A Moyano estuve yendo y viniendo, subiendo y bajando, más de 30 años. Cuando España se ensimisma monta un chiringuito. O pones un bar o te colocas en una librería. Yo iba para canónigo en Mondoñedo, o para estar detrás de un mostrador en la Cuesta de Moyano, para leer todo lo que me diese la gana. La fortuna me fue esquivia y di en periodista. Sin embargo, este duende de las imprentas, esa sed de letra impresa, esa curiosidad que te pone a ciencia, te marca para toda la vida. No puedo vivir sin el perfume de la tinta fresca y sin esa factibilidad casi sensual del papel de un periódico o de un libro en la mano.

A mí la Virgen de la Sabiduría –Sofía para los griegos– se me aparece en este querido enclave del Madrid dieciochesco al pie de los castaños de Indias, y me ocurre lo que a Menéndez y Pelayo. Pienso que es una lata eso de morirse quedando tanto por leer. Fue un ir y venir cargado con bolsas de libros, un insólito trajín en combate de argonauta con las galaxias de Gutenberg. Bendito trapicheo que me hace feliz. Mi pasión bibliográfica, mi bulimia ilustrada, ha sido insaciable y sólo esta afición, que hasta tengo mis dudas si no será morbosa, fue el muro de contención de mi cólera para tener que aguantar al camarada del 15. En esa caseta expende y compra libros el simpático Riudavets. A Alfonso Riudavets le llaman “*el rey de la cuesta*”. Es un bibliopola de aires barojianos, siempre en traje de faena con sus guardapolvos azul o color beige tapando una buena panza. En los días más crudos del invierno madrileño se pone un gorro de castor con coleta que le regaló uno que estuvo en la Policía

Montada del Canadá. Es un sabio con mandil y bastante mala leche. Su padre creo que fue sargento de caballería. De la Remonta. Para él vender libros y domar potros –de raza le viene al galgo– debe de ser todo uno.

A lo largo de estos seis lustros, me dijo de todo. Y no se les ocurra descolocar algún tomo o dejar la lomera al revés. Sus iras son de aquí te espero. Tenía que revestirme de paciencia para no mandarle con cajas destempladas. Y quedarme mirando para las ardillas que se pasean por las quimas de los copudos arcos del Botánico y bajan a comer nueces en el cuenco de la mano de Concha, su sufrida *santa*, que también es de la profesión. Mi pasión por la letra impresa pesaba más en la balanza que los exabruptos y salidas de tono del inclito. La cultura en España por desgracia siempre estuvo en manos de cabos de vara.

Toda la agresividad que desplegaba conmigo se volvía arroyo y miel con otros. Por ejemplo, con un conocido político que bajaba siempre a comprar acompañado de cuatro o cinco escoltas, le hacía la pelota o los libros se los regalaba. Sin embargo, a mí que siempre fui escotero por la vida, sin más protección que la del ángel de la guarda, me ha dado muy mala vida. Pese a este personaje, Moyano ha sido mi casa durante todos estos años de exilio interior. Aquí cuando vienen mal dadas, o te refugias en las tabernas o en las iglesias –es lo que se dice llamarse a andana–. Yo he preferido las librerías.

El mundo de los libros es un mundo mágico e inagotable. Aquí se ha publicado mucho y a cual mejor. España ha sido una verdadera potencia de la edición desde que Juan Parix puso el colofón a aquellos *Sinodales* de Aguilafuente en 1478 y se los vendió a mis paisanos. España por eso ha sido la cultura perfecta. También un paraíso para el bibliófilo.

Los libros nos sobreviven, nos invaden, nos desbordan, nos causan gozo y dolor. Es un mercado en auge desde que los libreros pueden anunciarse por Internet. En Moyano junto a la morralla se podía encontrar la perla. La mayor parte son descabalgados después de la gran almenara u ordalía que ha enviado a galeras a los autores impolíticos, contreras o incorrectos que han sido ex profeso olvidados. Me refiero a los grandes prosistas y periodistas de los 40 y los 50: Miquelarena, Borrás, Casariego, Rodrigo Royo, Pombo Angulo, Alfonso Grosso, el primer Emilio Romero. ¡Tantos tesoros escondidos que nos invitan a la nostalgia y a la reflexión en estos azacaneados tiempos!

He dejado de fumar. Beber, sólo de la fuente. He dejado de comprar libros. Abarrotan las paredes. Me chilla mi mujer. En parte no deja de parecerme un alivio el que me jubilen de Riudavets. Jamás sin embargo dejaré de leer. La reconversión de la Cuesta de Libreros oculta quizás una sutil forma de legado de memoria. En el rático y entre tanto montón se estratifica mucho testimonio. La prueba del 9. Y hay intereses solapados que pretenden que tanta memoria no quede descubierta. Contra semejantes estratagema conviene una campaña de resistencia pasiva. Sobre eso yo sé mucho. Podría escribir verdaderos tratados de poliorcética. Riudavets, a pesar de todos los pesares es parte de mi vida y mi muerte. Cualquier día de estos me paso por su tenderete. Las voces que me va a pegar se van a escuchar en Cibeles. Es un cabroncete pero es *mi* cabroncete.

Antonio Parra [09/09/04]